

# LA INVASIÓN HERMENÉUTICA DE LA FILOSOFÍA Y LA ECONOMÍA\*

MURRAY N. ROTHBARD

En los últimos años, los economistas han invadido otras disciplinas intelectuales y, en el dudoso nombre de la «ciencia», han recurrido a hipótesis simplificadas de manera asombrosa para formular conclusiones generales y provocadoras sobre materias de las que saben muy poco. Ésta es una forma moderna de «imperialismo económico» en el ámbito intelectual. Casi siempre la tendencia de este imperialismo económico ha sido cuantitativa e implícitamente benthamiana, en la que poesía y chincheta se reducen a un único nivel, y que justifica ampliamente la burla de Oscar Wilde sobre los cínicos, que ellos [los economistas] conocen el precio de todo y el valor de nada. Los resultados de este imperialismo económico han sido especialmente absurdos en los ámbitos del sexo, la familia y la educación.

Entonces, ¿por qué el presente autor, que no es benthamiano, comete ahora la temeridad de abordar un campo tan arcano, abstruso, metafísico y aparentemente ajeno a la economía como es la hermenéutica? A este respecto, mi excusa es la siempre legítima defensa propia. Una disciplina tras otra, desde la literatura hasta la teoría política, la filosofía, la historia, han sido invadidas por un arrogante grupo de hermenéuticos, y ahora incluso la economía sufre de este ataque. Por tanto, este artículo tiene naturaleza de contraataque.

Para empezar, la definición de hermenéutica que se puede encontrar en el diccionario la define como la disciplina milenaria

---

\* Artículo publicado originalmente en *The Logic of Action II: Applications and Criticism from the Austrian School*, Murray N. Rothbard, Edward Elgar, Cheltenham, UK; Lyme, US, 1997, pp. 275-293. Traducción realizada por Blanca Briones.

Este artículo es la adaptación de un trabajo presentado en una Conferencia sobre Tendencias Recientes en Filosofía y Ciencias Sociales del Fondo Londinense de Recursos Académicos y Culturales y el Instituto de Filosofía de la Universidad Jagelloniana de Cracovia en Cracovia, Polonia, en abril de 1987.

de interpretar la Biblia. Hasta la década de 1920 o 1930, ciertamente, la hermenéutica se limitaba a teólogos y departamentos de religión. Pero las cosas cambiaron con la aparición de las oscuras doctrinas alemanas de Martin Heidegger, el fundador de la hermenéutica moderna. Con la muerte de Heidegger, la sucesión de la cabeza apostólica del movimiento hermenéutico recayó en su alumno, Hans-Georg Gadamer, hasta el día de hoy.

El mayor éxito del movimiento hermenéutico se ha alcanzado en décadas recientes, empezando por el estrechamente relacionado movimiento del «deconstruccionismo» en la crítica literaria. Encabezado por los teóricos franceses Michel Foucault, Paul Ricoeur y Jacques Derrida, el deconstruccionismo en el hemisferio occidental es dirigido por el formidable Departamento de Inglés de la Universidad de Yale, desde donde se ha extendido para conquistar la mayoría de los departamentos de literatura inglesa de Estados Unidos y Canadá. El mensaje esencial del deconstruccionismo y la hermenéutica puede resumirse de formas variadas, como nihilismo, relativismo y solipsismo. Es decir, o bien no hay verdad objetiva o, de haberla, nunca podremos descubrirla. Si cada persona está sujeta a sus opiniones subjetivas, sentimientos, historia y demás, no hay ningún método para descubrir la verdad objetiva. En la literatura, el procedimiento más elemental de crítica literaria (es decir, tratar de descifrar lo que quiso decir un determinado autor) deviene imposible. De la misma manera, la comunicación entre el escritor y el lector se hace imposible; es más, no es sólo que ningún lector pueda descifrar jamás qué es lo que quiso decir un autor, sino que incluso el autor no sabe o entiende qué quiso decir, así de fragmentado, confuso y resuelto es cada individuo particular. De manera que, dado que es imposible descifrar qué quisieron decir Shakespeare, Conrad, Platón, Aristóteles o Maquiavelo, ¿qué sentido tiene leer o escribir crítica literaria o política?

Se trata de una pregunta interesante, que por supuesto los deconstruccionistas y otros hermenéuticos no han sido capaces de responder. Según declaran ellos mismos de forma reconocida, es imposible que los deconstruccionistas entiendan textos literarios o, por ejemplo, que Gadamer entienda a Aristóteles, sobre quien ha escrito, sin embargo, de manera muy profusa. Como ha señalado el

filósofo inglés Jonathan Barnes en una brillante e ingeniosa crítica de la hermenéutica, Gadamer, que no tiene nada que decir sobre Aristóteles o sus obras, se limita a informar de sus propias reflexiones subjetivas —una suerte de informe extenso de «lo que significa Aristóteles para mí»<sup>1</sup>. Dejando a un lado el problema hermenéutico de si Gadamer puede siquiera *saber* o no lo que significa Aristóteles para él, alejamos el problema a otro nivel. En concreto, ¿por qué demonios debería alguien salvo Gadamer, con la posible excepción de su madre o su mujer, interesarse lo más mínimo por la cuestión de lo que significa Aristóteles para él? E incluso en el improbable supuesto de que nos *interesara* esta cuestión trascendental, en cualquier caso los principios hermenéuticos nos impedirían entender la respuesta de Gadamer.

La deconstrucción y la hermenéutica claramente se refutan a sí mismas en muchos sentidos. Si no podemos entender el significado de ningún texto, entonces ¿por qué nos molestamos en tratar de entender o en tomar en serio las obras o doctrinas de autores que proclaman agresivamente su propia incomprendibilidad?

## INCOMPREENSIBILIDAD

Ciertamente, una cuestión crucial acerca de los hermenéuticos es que, para ellos, la incomprendibilidad es una profecía que se cumple. Tal como me dijo un colega con tristeza: «He leído todo lo que ha caído en mis manos sobre hermenéutica y no la entiendo mejor que cuando empecé.» Incluso en una profesión —la filosofía— no precisamente famosa por su chispa o lucidez, una de las cualidades más destacables de los hermenéuticos es su estilo horrendo e incomparablemente rebuscado. Estalactitas y estalagmitas de términos de jerga se acumulan en un verdadero muladar de prosa insólita y carente de sentido. Los hermenéuticos parecen ser incapaces de escribir una frase clara en inglés, ni siquiera una frase

---

<sup>1</sup> Jonathan Barnes, «Un Tipo de Integridad: Análisis de Hans-Georg Gadamer, *Aprendizajes Filosóficos* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1985), y Gadamer, *La Idea del Bien en la Filosofía Platónica-Aristotélica* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1986),» *London Review of Books* (6 de noviembre de 1986), pp. 12-13.

clara en alemán. Los críticos de la hermenéutica —como Jonathan Barnes o David Gordon<sup>2</sup>— llegan comprensiblemente a la sátira, a formular o citar breves tratados hermenéuticos y luego «traducirlos» a inglés sencillo, donde invariablemente se muestran como banales o idiotas.

Al principio, pensé que estos hermenéuticos alemanes no tenían buenos traductores al inglés. Pero mis amigos alemanes me aseguran que Heidegger, Gadamer y otros resultan igualmente incomprensibles en el original. Ciertamente, en un ensayo recientemente traducido, Eric Voegelin, filósofo no dado normalmente al brillante ingenio, pasó a ridiculizar el lenguaje de Heidegger. Refiriéndose a la obra maestra de Heidegger, *Sein und Zeit* (Ser y Tiempo), Voegelin se refiere a la repetición sin sentido pero insistente de un auténtico diccionario filosófico de frases como la *Anwesen des Anwesenden* («la presencia de aquello que está presente»), la *Dingen des Dings* («la cosificación de la cosa»), la *Nichten des Nichts* («la nadificación de la nada»), y finalmente a la *zeigenden Zeichen des Zeigzeugs* («la señal indicadora del instrumento indicador»), todo lo cual es diseñado, afirma Voegelin, para enardecer al lector «en un estado de delirio lingüístico basado en el abandono de la realidad»<sup>3</sup>.

Sobre Gadamer y los hermenéuticos, Jonathan Barnes escribe:

«¿Cuáles son, pues, los rasgos característicos de la filosofía hermenéutica? Sus enemigos meterán baza con adjetivos como *vacía, sosa, fantásica, vaga, retórica*. El propio Gadamer cuenta una historia inusual. Al término de un seminario sobre Cayetano, en una ocasión Heidegger sobresaltó a su devoto público al plantear la cuestión: «¿Qué es existir?» «Nos quedamos allí sentados mirando y negando con la cabeza por lo absurdo de la pregunta.» Con razón, afirman los enemigos de la hermenéutica: la pregunta es absolutamente absurda. Pero Gadamer únicamente tiene un sentido frágil del absurdo, y sus propios lectores han de reaccionar

<sup>2</sup> Barnes, «Un Tipo de Integridad»; y David Gordon, «La hermenéutica versus la Economía Austríaca» (Auburn, Ala.: El Instituto Ludwig von Mises, 1986).

<sup>3</sup> Eric Voegelin, «La Universidad Alemana y el Orden de la Sociedad Alemana: una Reconsideración de la Era Nazi», *Intercollegiate Review*, 20 (primavera/verano 1985), p. 11.

como él mismo en una ocasión —pero, por desgracia, solamente en una ocasión— reaccionó frente a Heidegger.»

Barnes continúa diciendo que Gadamer admite «que su pensamiento en ocasiones ha sido lo contrario a cristalino». Sigue citando a Gadamer al decir:

«Ciertamente en ocasiones hablaba por encima de las cabezas [de mis alumnos] y pongo demasiadas complicaciones en mi línea de pensamiento. Incluso antes mis amigos ya se habían inventado una nueva medida científica, el «Gad» que designaba una medida establecida de complicaciones innecesarias.»

Barnes añade que:

«Algunos pueden preferir antes que esta historieta autocomplaciente una observación que realiza Gadamer sobre sí mismo joven: «A pesar de mi título de doctor, seguía siendo un chico de 22 años que pensaba de manera bastante rebuscada, que reaccionaba portentosamente al pensamiento rebuscado, y que seguía sin saber en realidad lo que estaba sucediendo.»»

Barnes añade: «¿Llegó a crecer el chico?»<sup>4</sup>.

En este punto podemos citar a Sir Karl Popper sobre G.W.F. Hegel, que junto con Friedrich Schleiermacher puede contarse por lo menos como uno de los bisabuelos de la hermenéutica. Lo que a Popper le falta en dotes satíricas lo compensa con la vehemencia del desprecio que apila sobre la legión de sus enemigos filosóficos, reales o imaginarios. Después de denunciar los «galimatías altisonantes» y «fantasías imbéciles» de Hegel, Popper cita con evidente deleite el ataque a Hegel por parte de su coetáneo Schopenhauer como:

«un charlatán de cabeza plana, soso, repugnante, analfabeto, que alcanzó la cúspide de su osadía al garabatear y presentar los disparates desconcertantes más insensatos. Estos disparates han sido ruidosamente proclamados como sabiduría inmortal por parte de

---

<sup>4</sup> Barnes, «Un Tipo de Integridad», p. 13.

seguidores mercenarios y aceptados de buena gana como tales por todos los necios, que así se unieron a un coro perfecto de admiración como jamás antes se había oído»<sup>5</sup>.

¿A qué viene esta inmensa aclamación e influencia de disparates desconcertantes? Además de señalar su establecimiento en los intereses del estado prusiano, Popper ofrece la siguiente explicación:

«Por algún motivo, los filósofos han conservado en torno a sí, incluso en la actualidad, parte de la atmósfera del mago. La filosofía se considera algo extraño y abstruso, que aborda los misterios que aborda la religión, pero no de una manera que pueda ser «revelada a criaturas» ni a personas comunes; se considera que es demasiado profunda para eso, y que es la religión y la teología de los intelectuales, de los instruidos y los sabios»<sup>6</sup>.

Para una última cita sobre la incomprensibilidad de la hermenéutica, volvámonos hacia la ingeniosa y devastadora demolición por parte de H.L. Mencken de otro protohermenéutico temprano e institucionalista que se opone a la idea de la ley económica Thorstein Veblen. A lo largo de un ensayo que se encargaba de la «traducción» al inglés de la prosa indescifrable de Veblen, Mencken escribió que lo verdaderamente destacable de las ideas de Veblen:

«era el tono asombrosamente pomposo y rococó de su afirmación, la casi increíble monotonía y flatulencia de la prosa del dotado maestro, su talento sin precedentes para no decir nada de la manera más augusta y heroica...

Marx, me atrevo a afirmar, ha dicho buena parte de ello mucho antes que él, y lo que Marx pasó por alto ha sido repetido una y otra vez por sus derechohabientes. Pero Marx, en este asunto, trabajó con una desventaja técnica; escribía en alemán, un idioma que realmente entendía. El profesor Veblen no se enfrentó a dicha desventaja. Aunque nacido, creo, en estos Estados, y residente aquí toda su vida, consiguió el efecto, quizá sin emplear los medios, de pensar en cierto idioma extranjero de otro mundo —como swahili,

---

<sup>5</sup> Karl R. Popper, *La Sociedad Abierta y sus Enemigos*, 4ª ed. (Nueva York: Harper & Row 1962), vol. 2, p. 33.

<sup>6</sup> Popper, *Sociedad Abierta*, vol. 2, p. 30.

sumerio o búlgaro antiguo— y después anclar dolorosamente sus pensamientos en un inglés abundante e incierto pero aprendido en los libros. El resultado fue un estilo que afectaba los centros cerebrales más altos como un constante retumbo del metro ligero. El segundo resultado fue una suerte de adormecimiento desconcertado de los sentidos, como ante una maravilla fabulosa y sobrenatural. Y el tercer resultado, si no me equivoco, fue la fama del profesor como un Gran Pensador»<sup>7</sup>.

### COLECTIVISMO

Marx, de hecho, ha sido aclamado por los hermenéuticos como uno de los grandes padres del movimiento. En 1985, por ejemplo, en la reunión anual de la Asociación Occidental de Ciencias Políticas en Las Vegas, casi todos los trabajos presentados sobre teoría política eran hermenéuticos. Un título paradigmático sería «La vida Política como Texto: Hermenéutica e Interpretación de Marx, Heidegger, Gadamer y Foucault.» (Sustitúyanse libremente nombres como Ricoeur y Derrida, con una reverencia ocasional a Habermas).

No creo que sea un accidente que Karl Marx sea considerado uno de los grandes hermenéuticos. Este siglo ha sido testigo de una serie de reveses devastadores para el marxismo, para sus pretensiones de «verdad científica» y para sus proposiciones teóricas, así como para sus afirmaciones y predicciones empíricas. Si el marxismo ha sido acribillado tanto en la teoría como en la práctica, entonces ¿a qué pueden recurrir los sectarios marxistas? Me parece que los hermenéuticos encajan muy bien en una era que podemos denominar, siguiendo una táctica marxista sobre el capitalismo, «marxismo tardío» o marxismo en decadencia. El marxismo no es verdad y no es ciencia, pero ¿qué más da? Los hermenéuticos nos dicen que nada es objetivamente verdadero y, por tanto, que todas las opiniones y proposiciones son subjetivas, sujetas a los caprichos y sentimientos de cada persona. De manera que ¿por qué no habrían

---

<sup>7</sup> H.L. Mencken, «Profesor Veblen», *Una Crestomatía de Mencken* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1949), p. 270.

de ser los anhelos de los marxistas igual de válidos que los de cualquier otro? Mediante la hermenéutica, estos anhelos no pueden ser sometidos a refutación. Y dado que no existe realidad objetiva, y dado que la realidad es creada por las interpretaciones subjetivas de todo hombre, todos los problemas sociales se reducen a gustos personales y no racionales. Si, por tanto, los marxistas hermenéuticos consideran que el capitalismo es feo y desagradable, y consideran que el socialismo es hermoso, ¿por qué no habrían de intentar llevar a la acción sus preferencias estéticas personales? Si sienten que el socialismo es hermoso, ¿qué puede detenerlos, especialmente teniendo en cuenta que no existen leyes de economía ni verdades de filosofía política que coloquen obstáculos en su camino?

No es casualidad que, a excepción de unos pocos economistas contemporáneos —que se tratarán en mayor profundidad más adelante— cada hermenéutico, pasado y presente, ha sido un colectivista reconocido, ya sea de la variedad izquierdista o derechista, y en ocasiones oscilante de un colectivismo a otro según quién ostente el poder. Marx, Veblen, Schmoller y la escuela Histórica Alemana son bien conocidos. En cuanto a los hermenéuticos modernos, resultó muy fácil para Heidegger convertirse en un nazi entusiasta una vez que se hubo establecido el régimen nazi. Y Gadamer no experimentó dificultad alguna en adaptarse ni al régimen nazi (donde fue conocido por tener solamente una «vaga simpatía» por el Tercer Reich) o a la ocupación soviética en Alemania Oriental (donde, según sus propias palabras, se ganó «la especial estima de las autoridades culturales rusas» por llevar a cabo «sus directivas de manera exacta, incluso contra mis propias convicciones»)<sup>8</sup>.

#### «APERTURA» Y MANTENER LA «CONVERSACIÓN»

Aquí debemos señalar dos variantes de la temática hermenéutica común. Por un lado, están los cándidos relativistas y nihilistas, quienes afirman, con un fervor incongruentemente absolutista, que no hay verdad. Sostienen con la célebre frase del anarquista epistemológico Paul Feyerabend que «todo vale». Cualquier cosa, ya sea

---

<sup>8</sup> Barnes, «Un Tipo de Integridad», p. 12.

astronomía o astrología, es de igual validez o, más bien, de igual invalidez. La única posible virtud de la doctrina del «todo vale» es que al menos todo el mundo puede abandonar la empresa científica o filosófica e ir a pescar o emborracharse. Esta virtud, sin embargo, es rechazada por los principales hermenéuticos, pues pondría fin a su adorada e interminable «conversación». En resumen, a los principales hermenéuticos no les gusta la frase del «todo vale» porque, en lugar de ser anarquistas epistemológicos, son pelmazos epistemológicos. Insisten en que, a pesar de que es imposible llegar a una verdad objetiva o ciertamente entender siquiera a otros teóricos o científicos, todos tenemos, sin embargo, una profunda obligación moral de participar en un infinito diálogo o, como ellos lo denominan, «conversación», para tratar de llegar a algún tipo de cuasi verdad fugaz. Para el hermenéutico, la verdad equivale a las arenas movedizas del relativismo subjetivo, sobre la base de un «consenso» efímero de las mentes subjetivas que participen en la conversación infinita. Pero lo peor es que los hermenéuticos afirman que no existe manera objetiva, ya sea mediante la observación empírica o el razonamiento lógico, de proveer criterio alguno para dicho consenso. Dado que no existen criterios objetivos para el acuerdo, cualquier consenso es necesariamente arbitrario, sobre la base de Dios sabe qué —caprichos personales, carisma de uno o más conversadores, o quizá poder e intimidación puros. Dado que no hay criterio, el consenso está sometido al cambio instantáneo y veloz, en función de la mentalidad arbitraria de los participantes o, por supuesto, un cambio en las personas que constituyan la conversación eterna.

Un nuevo grupo de economistas hermenéuticos, ansiosos por encontrar criterios para el consenso, se ha adherido a una frase de tipo Gestalt del economista tardío Fritz Machlup, acaso tomando su nombre demasiado en vano. Denominan a este criterio el «principio ¡Ajá!», lo que significa que la verdad de una proposición se basa en la exclamación de «¡Ajá!» que la proposición puede hacer surgir en el pecho de una persona. Tal como lo formularon Don Lavoie y Jack High: «Detectamos una buena explicación cuando vemos una, y cuando nos induce a decir ajá»<sup>9</sup>. De alguna manera no encuentro

---

<sup>9</sup> Don Lavoie y Jack High «Interpretación y Costes del Formalismo» (manuscrito no publicado), p. 14.

muy convincente este criterio para la verdad, o incluso el consenso. Por ejemplo, muchos de nosotros consideraríamos la perspectiva de enfrentarnos a la opción de participar en una conversación infinita y necesariamente infructífera con personas incapaces de escribir una frase clara o expresar un pensamiento claro el equivalente moral de la obra de Sartre *A Puerta Cerrada*. Además, tengo la impresión de que si alguien propusiera que: «Sería estupendo dar a estos tipos una dosis de realidad objetiva» o al menos dar un portazo a su conversación, ello provocaría muchos más fervientes «¡Ajás!» que las rebuscadas proposiciones de los propios hermenéuticos.

El primer deber moral proclamado por los hermenéuticos es que debemos mantener viva la *conversación* en todo momento. Dado que este deber está implícito, nunca es defendido abiertamente, y de este modo, no nos informan de por qué es nuestra obligación moral apoyar un proceso que produce resultados tan pobres y efímeros. Al mantener esta supuesta virtud, los hermenéuticos se oponen de manera ferviente y dogmática al «dogmatismo» y proclaman la importancia suprema de permanecer continuamente «abiertos» a todos en el diálogo. Gadamer ha proclamado que el principio supremo de la filosofía hermenéutica es «permanecer uno mismo abierto en una conversación», lo que significa reconocer siempre «de antemano, la posible corrección, incluso la superioridad, de la postura del interlocutor.» Pero, tal como señala Barnes, una cosa es ser modestamente escéptico de la postura propia; y otra distinta negarse a descartar *cualquier otra* postura por ser falsa o dañina. Barnes señala que el escéptico modesto:

«reconoce que puede que él mismo esté siempre equivocado. El filósofo «abierto» de Gadamer admite que puede que su oponente siempre tenga razón. Un escéptico modesto puede... ciertamente, a su modesta manera, considerar la historia de la filosofía como una campaña incesante, marcada por frecuentes derrotas y ocasionales triunfos, contra las siempre poderosas fuerzas de la falacia y la falsedad... [C]on determinados oponentes no será «abierto»: se asegurará de que están quivocados»<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> Barnes, «Un Tipo de Integridad», p. 13. Para una crítica del triunfo del ideal de «apertura», véase Allan Bloom, *El Cierre de la Mente Americana* (Nueva York: Simon and Schuster, 1987).

El filósofo hermenéutico más importante en Estados Unidos es Richard Rorty, quien en su famoso libro, *La filosofía y el Espejo de la Naturaleza*, dedica un espacio considerable a la importancia primordial de «mantener viva la conversación». En su brillante crítica de Rorty, Henry Veatch señala que, a la pregunta crucial de cómo podemos saber los convencionalistas qué ideales o «postulados culturales» (en el lenguaje rortiano) son mejores que otros, «Rorty sólo podía responder que, por supuesto, no puede existir el *conocimiento* en materias como éstas.» De manera que, si no existe el conocimiento y, por tanto, no existen criterios objetivos para llegar a posturas, debemos concluir, en palabras de Veatch, que «aunque Aristóteles bien podría haber enseñado que “la filosofía empieza al preguntarse”,... la filosofía actual únicamente puede desembocar en una permisividad conceptual o intelectual total»<sup>11</sup>. En resumen, terminamos con el «todo vale» feyerabendiano o, por usar la frase de admiración de Arthur Danto en su resumen de Nietzsche, que «todo es posible»<sup>12</sup>. O, en una palabra, «apertura» total.

Pero si todas las cosas están abiertas, y no existen criterios para guiar a los conversadores a ninguna conclusión, ¿cómo se alcanzarán dichas conclusiones? Me parece, en la línea de Veatch, que estas decisiones se tomarán por aquellos que tengan la Voluntad-de-Poder superior. De manera que no es una coincidencia que destacados hermenéuticos se hayan considerado a sí mismos flexibles y «abiertos» en respuesta a las severas demandas del poder estatal. Después de todo, si Stalin, Hitler o Pol Pot entran en el círculo «conversacional», no pueden ser rechazados de pleno, pues ellos también pueden ofrecer un medio superior para el consenso. Si nada está mal y todas las cosas están abiertas, ¿qué otra cosa podemos esperar? Y quién sabe, incluso estos dirigentes pueden decidir, en un estallido sardónico de «tolerancia represiva» marcuseana, mantener viva cierta clase de «conversación» orwelliana en mitad de un gulag universal.

<sup>11</sup> Henry Veatch, «Deconstrucción en Filosofía: ¿La ha convertido Morty en el Desenlace de la Filosofía Analítica Contemporánea?» *Review of Metaphysics*, 39 (Diciembre de 1985), pp. 313-314, 316.

<sup>12</sup> Arthur C. Danto, *Nietzsche como Filósofo* (Nueva York: Columbia University Press, 1980), p. 12; citado en «Deconstrucción», de Veatch, p. 312.

En todo el parloteo sobre apertura, me viene a la mente una conferencia pronunciada por la Profesora Marjorie Hope Nicholson en la Universidad de Columbia en 1942. En una crítica al concepto de la mente abierta, advirtió: «No dejéis que vuestras mentes sean tan abiertas que cualquier cosa que entre en ellas se quede en la nada.»

Existe otro aspecto egoísta de las demandas hermenéuticas de apertura universal. Pues si nada —ninguna postura, ninguna doctrina— puede ser descartado rotundamente por ser falso o dañino o un estúpido absurdo, también ellos, nuestros hermenéuticos, deben ahorrarse un rechazo tan grosero. Mantener viva la conversación a toda costa significa que estas personas deben ser incluidas eternamente. Y esa es acaso la incisión más cruel de todas.

Si se lee a los hermenéuticos, además, resulta muy evidente que normalmente ninguna frase es continuación de otra. En otras palabras, no sólo el estilo es abominable, sino que no hay un razonamiento que sustente las conclusiones. Dado que la lógica o el razonamiento no se consideran válidos por los hermenéuticos, este procedimiento no resulta sorprendente. En su lugar, para razonar, los hermenéuticos recurren docenas o veintenas de libros, que son citados, de manera muy amplia, en prácticamente cada párrafo. Para respaldar sus afirmaciones, los hermenéuticos enumerarán repetidamente cada libro que pueda estar posible o remotamente relacionado con el tema. En resumen, su único argumento es desde la autoridad, una antigua falacia filosófica que parece que ellos han recuperado con éxito. Pues, ciertamente, si no existe verdad de la realidad, ni por lógica ni experiencia, debemos reemplazarla por un consenso fugaz de los caprichos, sentimientos y juegos de poder subjetivos de los distintos conversadores, entonces ¿qué queda salvo congregar a tantos conversadores como sea posible, tantos como vuestras supuestas autoridades?<sup>13</sup>

Armados con su método especial, los hermenéuticos son, por tanto, capaces de repeler todos los ataques contra ellos, por perspicaces y penetrantes que sean, tildándolos de «indignos de un erudito». Esta altiva refutación deriva de su definición única de *erudito*,

---

<sup>13</sup> Estoy en deuda en este extremo con Sheldon Richman del Instituto de Humanidades en la Universidad George Mason.

que para ellos significa verborrea pesada y oscurantista rodeada de un matorral de amplias citas de libros y artículos irrelevantes.

De manera que ¿por qué los distinguidos críticos de la hermenéutica no se han unido al juego en el propio territorio de sus oponentes y han vadeado pacientemente montañas y océanos de tonterías para citar y refutar a los hermenéuticos punto por punto y artículo periodístico por artículo periodístico? Formular esa pregunta es prácticamente responderla. De hecho, hemos formulado esta pregunta a algunos críticos e inmediatamente han respondido de manera sentida que no tienen intención de dedicar el resto de sus vidas a vadear este miasma de bobadas. Además, hacer tal cosa, jugar según las propias reglas de los hermenéuticos, sería concederles un honor demasiado grande. Implicaría de manera errónea que son ciertamente dignos participantes de nuestra conversación. En cambio lo que merecen es desprecio y rechazo. Por desgracia, no suelen recibir semejante trato en un mundo en el que demasiados intelectuales parecen haber perdido su habilidad intrínseca para detectar disparates pretenciosos<sup>14</sup>.

## ECONOMÍA HERMENÉUTICA

A los economistas les gusta pensar que su disciplina es la «más dura» de las ciencias sociales, de manera que no es sorprendente que los hermenéuticos —aunque hayan conquistado el campo de la literatura y hayan realizado varias incursiones en la filosofía, el pensamiento político y la historia— todavía han dejado poca huella

---

<sup>14</sup> En un artículo ingenioso y perspicaz, el distinguido filósofo de Yale, Harry Frankfurt, se refiere a este fenómeno como «charlatanería», los cuales afirma que constituyen un mayor enemigo de la verdad que una mentira abierta, puesto que un charlatán reconoce que está faltando a la verdad, mientras que el embustero no lo reconoce. Frankfurt escribe:

«La proliferación contemporánea de charlatanería tiene también orígenes más profundos, en diversas formas de escepticismo que niegan que podamos tener algún acceso fiable a una realidad objetiva y que por tanto rechazan la posibilidad de saber cómo son realmente las cosas. Estas doctrinas «antirrealistas» socavan la confianza en el valor de los esfuerzos desinteresados para determinar qué es verdadero y qué es falso, e incluso en la inteligibilidad de la noción de investigación objetiva.»

Véase Harry Frankfurt, «Sobre los Embustes», *Raritan*, 6 (otoño de 1986), pp. 99-100.

en la economía. Pero la disciplina económica ha estado sumida en un estado de confusión metodológica más de una década, y en esta situación de crisis las metodologías minoritarias, que ahora incluyen la hermenéutica, han empezado a ofrecer su mercancía.

En la profesión económica, por supuesto, los profesionales que bajan a las trincheras únicamente reflejan vagamente, o tienen muy poco interés, en el pequeño número de reflexiones metodológicas de los pisos superiores de la torre de marfil. Pero estas cavilaciones filosóficas aparentemente remotas tienen una importante influencia a largo plazo en las teorías e indicaciones orientativas de la disciplina. Durante aproximadamente dos décadas, la obra merecidamente famosa de Lionel Robbins *Naturaleza y Significado de la Ciencia Económica* fue la obra metodológica orientadora de la profesión, que presentaba una versión diluida del método praxiológico de Ludwig von Mises. Robbins había estudiado en el famoso *privatseminar* de Mises en Viena, y su primera edición (1932) destacaba la economía como una disciplina deductiva basada en las implicaciones lógicas de los hechos universales de la acción humana (por ejemplo, que los seres humanos tratan de alcanzar objetivos empleando medios necesariamente escasos). En la más conocida segunda edición de Robbins (1935), la influencia misionera se diluyó un poco más, acompañada de un puñado de indicios del formalismo neoclásico, que sacudirían la profesión en la época de la Segunda Guerra Mundial<sup>15</sup>. Después de la guerra, la economía más antigua se vio inundada por una síntesis neoclásica formalista y matemática, de ecuaciones walrasianas que abarcaban la microeconomía y la geometría keynesiana que se ocupaba de la macro.

El célebre artículo de Milton Friedman de 1953, «La Metodología de la Economía Positiva», instigaba y secundaba la conquista de la economía por parte de la síntesis neoclásica y rápidamente barrió con todo, enviando sin miramientos la *Naturaleza y Significado* de Robbins al desván de la historia<sup>16</sup>. Durante tres décadas,

---

<sup>15</sup> Lionel Robbins, *Ensayo sobre la Naturaleza y Significado de la Ciencia Económica* [1932] (Londres: Macmillan, 1935).

<sup>16</sup> Milton Friedman, «La Metodología de la Economía Positiva», en Friedman, *Ensayos en Economía Positiva* (Chicago: University of Chicago Press, 1953).

seguro y sin oposición, el artículo de Friedman permaneció prácticamente como la única descripción escrita de la metodología oficial para la economía moderna.

Debe señalarse que, como en el caso de la revolución keynesiana y muchas otras conquistas por parte de distintas escuelas de economía, el artículo de Friedman no se ganó los corazones y las mentes de los economistas siguiendo la pauta de lo que podemos denominar la teoría Whig de la historia de la ciencia: mediante la paciente refutación de doctrinas opuestas o imperantes. Como en el caso de la teoría del ciclo económico de Mises-Hayek predominante antes de la *Teoría General* de Keynes, el libro de Robbins no fue refutado; simplemente fue pasado por alto y olvidado. Aquí la teoría de Thomas Kuhn de paradigmas sucesivos es acertada para la sociología o los procesos del pensamiento económico, por deplorable que sea como prescripción para el desarrollo de una ciencia. Con demasiada frecuencia en filosofía o en las ciencias sociales, las escuelas de pensamiento se han sucedido unas a otras por capricho o moda, de la misma forma en que se ha pasado de moda un estilo de dobladillo en los trajes de las damas. Por supuesto, en la economía, al igual que en otras ciencias de la acción humana, fuerzas más siniestras, como la política y la campaña por el poder, a menudo desvían deliberadamente los caprichos de la moda en nombre propio.

Lo que hizo Milton Friedman fue importar a la economía la doctrina que había dominado la filosofía durante más de una década, el positivismo lógico. Irónicamente, Friedman importó el positivismo lógico en la época en que su control férreo sobre la profesión filosófica en Estados Unidos ya había dejado atrás su cénit. Durante tres décadas hemos tenido que soportar la arrogante insistencia sobre la vital importancia de las pruebas empíricas de las deducciones a partir de hipótesis como justificación de la prevalencia de modelos y previsiones económicas, así como una excusa universal para basar la teoría en hipótesis evidentemente falsas y sumamente poco realistas. Pues la teoría económica neoclásica claramente se apoya en suposiciones ridículamente poco realistas, como el conocimiento perfecto; la existencia constante de un equilibrio general sin beneficios, sin pérdidas y sin incertidumbre; y la acción humana englobada en la utilización de un cálculo

que da por supuestos cambios infinitesimalmente diminutos en nuestras percepciones y elecciones.

En resumen, este formidable sistema de teoría económica matemática neoclásica y modelos económicos se basa todo él, desde el punto de vista misesiano, en las peligrosas arenas movedizas de suposiciones falsas e incluso absurdas. Esta acusación austríaca de falsedad e irrealdad, en los casos en que fue percibida, fue rebatida con altivez durante décadas, señalando el artículo de Friedman y afirmando que la falsedad de las suposiciones y premisas no importa, siempre y cuando la teoría pueda «predecir» correctamente. Durante sus primeros años de fundación, a principios de la década de 1930, la Sociedad Econométrica inscribió en su blasón el lema «La ciencia es predicción», y ésta fue la esencia de la defensa de la teoría neoclásica derivada de Friedman. Austríacos tales como Mises y Hayek respondieron que las disciplinas de la acción humana no son como las ciencias físicas. En asuntos humanos, no existen laboratorios donde las variables puedan ser contraladas y las teorías puestas a prueba, y (al contrario que en las ciencias físicas) no existen constantes cuantitativas en un mundo donde hay conciencia, libre albedrío y libertad para adoptar valores y objetivos y después cambiarlos. Estas disputas austríacas fueron rechazadas por los neoclásicos por limitarse a plantear un mayor grado de dificultad en el camino hacia las ciencias humanas, pero no ofrecer una molesta diferencia sustantiva.

A principios de la década de 1970, la síntesis neoclásica, sin embargo, comenzó a para perder su poder, ya sea para entender o para predecir, lo que sucedía en la economía. La recesión inflacionaria que apareció por primera vez de forma dramática en la contracción de 1973-74 puso fin a un período de treinta y cinco años de hegemonía arrogante e indiscutida por el ala keynesiana de la síntesis neoclásica. Pues la teoría y política keynesiana se basaban en la suposición crucial de que la recesión inflacionaria simplemente no podía producirse. En este momento, salió a la luz el monetarismo friedmaniano, pero el monetarismo ha fracasado tras realizar una rápida serie de predicciones desastrosamente erróneas desde el principio de la era Reagan hasta el presente. Pero aquél que vive según predicciones está destinado a morir según predicciones.

Además de estos fracasos del keynesianismo y el monetarismo, los fallos y errores de la previsión econométrica han adquirido demasiada notoriedad como para ser ignorados, y una profesión pudiente y sumamente arrogante, que utiliza modelos de ordenador de velocidad creciente, parece gozar de cada vez menos capacidad para predecir siquiera el futuro inmediato. Incluso los gobiernos, a pesar de la atención y ayuda asidua de economistas y analistas neoclásicos de primera categoría, parecen tener grandes dificultades a la hora de predecir su *propio* gasto, mucho menos sus propios ingresos y aún menos los ingresos o gastos de cualquier otro.

En medio de estos fallos, se ha producido un deterioro en el formalismo neoclásico de la microeconomía walrasiana, en ocasiones por parte de líderes desilusionados que operan desde este paradigma dominante.

Como consecuencia de estos problemas y fallos, en los últimos diez o quince años se ha desarrollado una clásica «situación de crisis» kuhniana en el ámbito de la economía. A medida que la ortodoxia positivista neoclásica empieza a derrumbarse, han surgido paradigmas competidores. También debido a la concesión de un Premio Nobel a Hayek en 1974, la economía austríaca o misesiana ha gozado de un resurgimiento, con numerosos austríacos enseñando en universidades en Estados Unidos y Gran Bretaña. Recientemente han aparecido cinco o seis programas o centros de graduados en Estados Unidos.

En una situación de crisis, por supuesto, lo malo empuja a lo bueno en la nueva atmósfera de diversidad epistemológica y sustancial. Nadie garantizó nunca que si florecieran cien flores, todas ellas serían de belleza incomparable. En la izquierda, la no teoría del institucionalismo ha resurgido ligeramente, empujada por los «post-keynesianos» (inspirados por Joan Robinson) y los neo-marxistas «humanísticos» que han sustituido a una vaga adhesión a la «descentralización» y la protección de todas las formas de vida animales y vegetales por los rigores de la teoría del valor-trabajo.

Lo cual nos lleva de nuevo a la hermenéutica. Pues en esta clase de atmósfera, incluso el inframundo de la hermenéutica luchará por tener un lugar. El economista hermenéutico más destacado en Estados Unidos es probablemente Donald McCloskey, que tilda a

su punto de vista de «retórico» y cuyo ataque a la verdad se produce en nombre de la retórica y de la eterna conversación hermenéutica<sup>17</sup>. Por desgracia, McCloskey sigue el camino moderno de la retórica emocionada y divorciada de un ancla firme en la verdad, pasando por alto la tradición aristotélica de la «retórica noble» como la manera más eficaz de convencer a las personas de proposiciones correctas y verdaderas. Para los aristotélicos, únicamente la retórica «base» está divorciada de principios verdaderos<sup>18</sup>. McCloskey está organizando ahora un centro de estudios retóricos en la Universidad de Iowa, que organizará volúmenes sobre retórica en una serie de disciplinas diversas.

Por más que deploro la hermenéutica, tengo un cierto grado de simpatía por McCloskey, historiador económico que soportó años como instructor y líder de delegados en las clasificaciones positivistas de Friedman-Stigler de la Escuela de Chicago. McCloskey está reaccionando contra décadas de arrogante hegemonía positivista, de una supuesta «prueba» de teoría económica que nunca tiene lugar en realidad, y de afirmaciones altivas por parte de positivistas de «no entiendo lo que *quieres decir*», cuando saben perfectamente lo que quieres decir pero no están de acuerdo con ello, y que usan sus estrictos criterios de significado para rechazar tu argumento. De esta manera, durante mucho tiempo los positivistas pudieron leer prácticamente todas las cuestiones filosóficas importantes de forma extrajudicial y consignarlas a los despreciados departamentos de religión y bellas letras. En cierto sentido, el auge de los hermenéuticos es la venganza de esos departamentos, replicando a los positivistas que si «la ciencia» únicamente es lo cuantitativo y lo «comprobable», entonces os abrumaremos con cosas *realmente* sin sentido.

Resulta más difícil justificar el camino recorrido por el principal grupo de hermenéuticos en la economía, un conjunto de

---

<sup>17</sup> Donald N. McCloskey, *La Retórica de la Economía* (Madison, Wisc.: University of Wisconsin Press, 1985).

Para una amplia crítica misésiana de la obra de McCloskey, véase el ensayo de crítica literaria de Hans-Hermann Hope en este volumen.

<sup>18</sup> Cf. Richard M. Weaver, *La Ética de la Retórica* (Chicago: University of Chicago Press) y Larry Arnhart, *Aristóteles sobre el Razonamiento Político: Comentario sobre «La Retórica»* (Dekalb, Ill.: Northern Illinois University Press, 1981).

renegados austríacos y ex-misesianos reunidos en el Centro de Procesos de Mercado en la Universidad George Mason. El director espiritual de este grupúsculo, Don Lavoie, ha alcanzado la gloria de contar con su fotografía impresa en su revista *Proceso de Mercado* hablando con el gran Gadamer<sup>19</sup>. Lavoie ha organizado una Sociedad de Economía Interpretativa (*interpretación* es una palabra en clave para los hermenéuticos) para difundir el nuevo evangelio, y ha tenido el descaro de entregar un trabajo titulado «Mises y Gadamer sobre la Teoría y la Historia», que, tal como ha sugerido un colega mío, es el equivalente moral a que yo escriba un trabajo titulado «Lavoie y Hitler sobre la Naturaleza de la Libertad».

Debe señalarse que el nihilismo se había filtrado en el pensamiento austríaco actual antes de que Lavoie y sus colegas del Centro de Procesos de Mercado lo acogieran con tal entusiasmo. Comenzó cuando Ludwig M. Lachmann, que había sido discípulo de Hayek en Inglaterra en la década de 1930 y que había escrito una competente obra austríaca llamada *El Capital y Su Estructura* en la década de 1950, se convirtió repentinamente por la metodología del economista inglés George Shackle durante la década de 1960<sup>20</sup>. Desde mediados de la década de 1970, Lachmann, parte académica de cada año en la Universidad de Nueva York, se ha embarcado en una cruzada para traer las bondades de la aleatoriedad y abandono de teoría a la economía austríaca. Cuando Lavoie y sus colegas descubrieron a Heidegger y a Gadamer, Lachmann abrazó el nuevo credo en la primera conferencia anual (y, si tenemos suerte, la última) de la Sociedad de Economía Interpretativa de la Universidad George Mason en 1986. El auténtico credo misesiano, sin embargo, aún florece en el Instituto Ludwig von Mises en la Universidad de Auburn y Washington D.C., y en sus publicaciones: *Libre Mercado*, el *Boletín de Economía Austríaca*, y la *Revista de Economía Austríaca*, que incluyó en su primer número una crítica de un libro cuasihermenéutico por parte de dos ex-misesianos que

---

<sup>19</sup> *Proceso de Mercado*, 4 (otoño de 1986), p. 16.

<sup>20</sup> Ludwig M. Lachmann, *El Capital y su Estructura* (Londres: Escuela Económica de Londres, 1956). El Lachmann posterior, post-shackeliano o nihilista puede encontrarse en su «De Mises a Shackle: un Ensayo sobre la Economía Austríaca y la Sociedad Caleidoscópica», *Journal of Economic Literature*, 54 (1976).

afirman haber descubierto la clave de la economía en las obras de Henri Bergson<sup>21</sup>.

Una de las principales motivaciones de los hermenéuticos ex-misesianos es que su horror por las matemáticas, ante las cuales reaccionan como ante la cabeza de Medusa, les lleva a recibir con los brazos abiertos a prácticamente cualquier aliado en su lucha contra el positivismo y el formalismo neoclásico. Y así descubren que, hete aquí, los institucionalistas, los marxistas y los hermenéuticos apenas usan las matemáticas tampoco. Pero antes de que acojan por completo el desesperado credo de que el enemigo de mi enemigo es necesariamente mi amigo, debe advertirse a nuestros hermenéuticos de *Proceso de Mercado* que en el mundo hay cosas peores que las matemáticas, o incluso el positivismo. Y en segundo lugar, que además del nazismo o el marxismo, una de estas cosas puede ser la hermenéutica.

Y de la misma forma en que la historia del Profesor McCloskey puede servir como mitigación parcial de su acogida de la hermenéutica, podemos seguir retrocediendo y mitigar los pecados de los positivistas lógicos. Pues, después de todo, los positivistas, por reacios que sean a admitirlo, tampoco descendieron hasta nosotros desde el Monte Olimpo. Crecieron en la vieja Viena y se vieron en un mundo germánico dominado por credos protohermenéuticos tales como el Hegelianismo, así como por el joven Heidegger, que incluso entonces estaba dejando su impronta. Después de leer y escuchar a los dialécticos y los protohermenéuticos día sí y día no, después de haber estado sumergidos durante años en el galimatías en que les dijeron que consistía la filosofía, no es de extrañar que ellos —incluyendo a nuestros efectos a Popper, así como a Carnap, Reichenbach, Schlick y otros— finalmente arremetieran y exclamaran que todo ello carecía de sentido o que pidieran a gritos precisión y claridad en el lenguaje. No es de extrañar tampoco que positivistas emergentes, como McCloskey medio siglo después, fueran demasiado lejos y tiraran el grano filosófico con la paja neohegeliana.

En la perorata de su panegírico a la economía hermenéutica, el ex-misesiano Richard Ebeling proclama: «Al hombre le encanta

---

<sup>21</sup> Así, véase Charles W. Baird, «La Economía del Tiempo y la Ignorancia: Análisis», *The Review of Austrian Economics*, I (1987), pp. 189-223.

hablar de sí mismo»<sup>22</sup>. Pero como refutación señalo las sabias palabras del escritor satírico cultural y político americano Tom Lehrer. En la década de 1960, Lehrer observó que «muchas personas se quejan de su “incapacidad para comunicarse”.» «Me parece», añadió Lehrer, «que si eres incapaz de comunicarte, lo *mínimo* que puedes hacer es callarte.» Lo cual, por desgracia, es algo que Ebeling y sus colegas hermenéuticos aún no han aprendido a hacer.

---

<sup>22</sup> Richard M. Ebeling, «Hermenéutica y el Elemento Interpretativo en el Análisis del Proceso de Mercado». Documento de Trabajo del Centro de Procesos de Mercado. (Fairfax, Va.: Departamento de Economía, Universidad George Mason, 1985), p. 45. Consultar Frankfurt, «Sobre la Charlatanería (On Bullshit)», p. 100.